

Franz Werfel, Una letra femenina azul pálido

No ha despertado grandes pasiones en el grupo de lectores. Los comentarios se han centrado en el asombro provocado por la actitud del protagonista, por el engaño en que vive y por su falta de libertad, atado a su esposa para mantenerse en una clase social elevada: un puesto en el mundo burgués conseguido a través del matrimonio. Pero no se engaña, en un momento de crisis se pregunta:

“Corrompido hasta la médula por el éxito y el bienestar, ¿no se le habría olvidado a sus cincuenta años lo que era vivir de verdad?”

Éxito y bienestar a cambio de una vida basada en el engaño y, por supuesto, consciente de su realidad:

“Si pierdo a Amelie, -se dice Leónidas- perdería positivamente más de lo que ella perdería si me perdiera (...). Todos estos motivos –añade- me han vuelto desde el primer día inseguro y temeroso. De ahí que me hagan falta un autodomínio y una cautela incesantes para no dejar traslucir estas humillantes debilidades...”.

¿Lo disculpamos? En realidad es una víctima de sí mismo: sus orígenes humildes explican la necesidad de ascenso social, y su afán por salir de la miseria en que ha vivido origina una personalidad narcisista, tímida y débil. El propio Leónidas reconoce que *“nunca había poseído ese coraje radical y casi impúdico para buscar la verdad”*.

Encarna las opciones vitales equivocadas: no hay amor, ni libertad, personaje sostenido sobre el hilo fino de su mentira, embrujado por los efluvios de una burguesía, que se mueve en los comienzos del nazismo, asume o imita sus comportamientos y sus costumbres.

Al hilo de esto recuerdo que hace poco alguien me decía que el ser humano ante dos opciones suele elegir la peor, los perros nunca; tal vez es demasiado catastrofista, en todo caso ha servido para el cóctel de sonrisa y reflexión en la cara de todos.

¡ Envidiada clase social que lo convierte en un ser anodino ! Solamente Vera se salva: mujer judía, que ama de verdad y que representa la oportunidad de salvarse, la posibilidad de elegir la verdad para vivir. Reconocimos esperar este cambio, a lo largo de unas páginas, seguimos la lectura convencidos de que Leónidas podía elegir el camino de los sentimientos.

Finalmente llegamos al fragmento que transcribo, por cierto valorado por varios lectores como extraordinario, en cuanto al tono y estilo literario, y porque consigue expresar la forma en que llegan a nuestras vidas ‘ofertas de salvación a media voz’ que apenas percibimos o que percibiéndolas preferimos ignorarlas.

“La música va cayendo cada vez con mayor peso sobre Leónidas. Las voces femeninas se enfrentan en notas prolongadas y agudas. ¡Monotonía de la exageración! Y se acaba quedando dormido. Pero mientras duerme, sabe que está durmiendo. Durmiendo en el banco de un parque. Una débil llovizna iluminada por

un sol de octubre humedece el césped. Ante él van desfilando largas filas de cochecitos infantiles. Y en esos blancos cochecitos que crujen sobre la grava, los efectos de las causas y las causas de los efectos duermen el profundo y absorto sueño de la infancia bajo las abombadas frentes, los labios abultados y los puñitos cerrados de los recién nacidos. Leónidas siente que la cara se le va resecaando más y más. Debería haberme afeitado una segunda vez para ir a la ópera. Ya no hay nada que hacer. Su rostro es un gran calvero yermo. Los caminos transitados por acémilas y carros, todas las rutas de acceso a aquel calvero solitario van desapareciendo lentamente bajo la maleza. ¿Sería ya la enfermedad de la muerte, que no es otra cosa que el correlato lógico y misterioso de la culpa ligada a la vida? Y mientras duerme bajo la opresiva cúpula de esa música siempre agitada, Leónidas sabe con una claridad meridiana que ese día le llegó una oferta de salvación, oscura, imprecisa, articulada a media voz como todas las ofertas de este tipo. Sabe que no se mostró digno de ella. Y sabe también que jamás le será presentada una nueva.”

Salimos reconfortados y dados a las bromas. ¿El siguiente? Una novela portuguesa extraordinaria. Una sesión más y otro libro más.

Fe González